

Más intrincado que un laberinto

Julio Calvo Drago



Índice

EL VISITANTE 1	9
LA VISITANTE 6	17
EL MIRIÓDROMO	27
LOS VISITANTES 2 Y 4	41
LOS VISITANTES 3 Y 5	57
LA SALA DE LOS ESPEJOS	75
LA NIEBLA	95
EL HABITANTE	117

Se dice que el laberinto del Minotauro es solo una leyenda, pero algunos afirman que nació de una historia real. Desde tiempos inmemoriales se habla de una ciudad subterránea compuesta por miles de túneles yuxtapuestos y entrecruzados que llevan a sus visitantes a perder el camino o la razón. También se dice que en esos túneles habita un ser espeluznante, cuyos rugidos resuenan por todo el sitio y cuya presencia es anunciada por una bruma densa y oscura. Nadie recuerda la ubicación o el nombre de este lugar. Nadie recuerda tampoco el nombre de su terrible morador. Por eso, las crónicas antiguas se refieren a esta ciudad como el «Sitio de Incontables Caminos». Y a su morador, simplemente como el «Habitante».



EL VISITANTE 1

Carlos despierta de pronto en un sitio semioscuro y silencioso. No recuerda cómo llegó allí. Todavía desorientado, como espabilándose de un sueño profundo, se incorpora e intenta reconocer el lugar una vez más. Delante de él y a su espalda hay paredes de un metal viejo y oxidado, lleno de sarro. Carlos dirige entonces la vista a los lados, a diestra primero y a siniestra luego. No tarda en percatarse de que se encuentra en el interior de un túnel gigantesco y circular, muy parecido a cualquiera de los que conforman el sistema de alcantarillas subterráneas de una ciudad.

Sin embargo aquel túnel se encuentra muy lejos de ser un drenaje de aguas servidas. Los malos olores propios de dichas construcciones están ausentes. El lugar, por describirlo de alguna manera, es relativamente limpio. No



obstante, por doquier se escuchan goteras y crujidos de metales herrumbrosos.

«¿Cómo vine a parar aquí?», se pregunta el adolescente con un poco de maravilla, con un poco de terror. «¿Por qué no lo recuerdo? ¿Por qué estoy aquí?», sigue inquiriendo de su memoria, que solo le responde con el más atornador de los silencios.

11

Pero aquellas dudas son solo el principio.

Muy pronto, el joven dirige su vista al suelo. De inmediato repara en que no está vestido con sus *jeans* y playeras de ordinario. Se descubre a sí mismo ataviado con un extraño overol de manga larga, de color negro y ajustado a la piel. «¿Por qué estoy vestido así? ¿Quién me puso esta ropa?», quiere preguntar ahora, pero algo más le llama la atención, algo que incrementa su mezcla de horror y asombro. Sobre el torso de su overol ve estampada en letras blancas la inusitada marca «V1».

«¡Choyo! ¡Juanmi! ¡Ya estuvo bien de bromas!, ¿no? ¡Ya salgan de su escondite!», grita Carlos y se ríe nerviosamente, queriendo creer que todo aquello es solo una tomadura de pelo de sus amigos. Pero la verdad es que

por ninguna parte hay rastros de los adolescentes mencionados. El joven, sin embargo, se queda en silencio durante unos segundos con la esperanza de escuchar las risas burlonas de los muchachos. Es en vano. Lo único que escucha son los ruidos metálicos y acuíferos muy propios de aquel ambiente aparentemente subterráneo.

Carlos se dispone entonces a caminar por el túnel. ¿Derecha o izquierda? No hay un criterio que le permita decantarse por uno u otro sentido. Toma, pues, el camino de la derecha, que parece ser el mejor iluminado. Pero es entonces, al tratar de avanzar, cuando se da cuenta de otra anomalía.

Siente sobre su espalda un peso considerable. No le impide avanzar, pero sí le dificulta la acción de caminar. Y ya no se diga la de correr. El muchacho se lleva la mano atrás y descubre un bulto muy similar a una mochila. Trata de quitárselo para ver de qué se trata, qué hay en su interior, pero pronto se da cuenta de que el bulto está adherido al overol. Hace un poco más de esfuerzo por buscar un zíper o velcro para abrir alguno de sus compartimientos,

pero no encuentra nada que se les parezca. La bolsa parece estar sellada y no permite ver lo que sea que lleve dentro.

Después de otros dos o tres intentos (hasta intenta quitarse el overol, pero no encuentra por ningún lado un botón o broche que se lo permita), finalmente se da por vencido y comienza a caminar con ese molesto peso a

13

cuestas. El túnel es sencillamente inmenso y terrorífico, pero la tenue iluminación que proviene de algún punto en la dirección en que camina lo conforta un poco. Trata de hacer memoria una vez más de cómo llegó a ese lugar, pero la cuestión es sencillamente un misterio. Los recuerdos se desvanecen justo cuando estaba en su habitación, navegando por Internet en su *laptop*, cuando el curso normal del tiempo parece haberse desvanecido y el muchacho simplemente despertó en aquel tenebroso lugar.

Sumido en estos pensamientos, Carlos pierde noción del tiempo y de la distancia. Quién sabe cuántos metros ha avanzado el joven desde que despertó, cuando se topa con una compuerta en uno de los laterales del tú-

nel. Por fin algo rompe la monotonía de aquel corredor tubular que parece infinito. De inmediato se acerca a la puerta, la abre y se asoma al umbral.

La visión es espeluznante.

14

Cientos, probablemente miles de túneles, todos similares, todos retorcidos, se yuxtaponen y entretejen en una urdimbre de corredores cilíndricos que forman un laberinto de tres dimensiones. La vista del descorazonado joven no alcanza a ver principio ni final, orden o concierto en aquel endemoniado entramado de tubos metálicos. Adondequiera que vea, ya arriba o abajo, ya adelante o atrás, ya a la derecha o a la izquierda, la sola visión de los túneles, que parecen infinitos, lo agobia sin misericordia.

«Pero ¡dónde demonios estoy! ¡Quién diablos hizo todo esto!», se pregunta Carlos en voz alta. Pero la pregunta más acuciante, que ante el vértigo de aquella visión el joven no alcanza a formular, es: «¿Por qué estoy aquí?».

Decide aprovechar la compuerta para desplazarse a otro túnel. Por un momento recuerda los días de su niñez, cuando anhelaba

internarse en aquellas estaciones de juego laberínticas que suele haber en algunos restaurantes y parques de diversiones, llenas de pasadizos secretos, toboganes y cuerdas flojas. «Viéndolo bien, esto no parece tan distinto», considera el joven, aunque en este caso sí lo es por el hecho de que el sitio es frío y tétrico y porque él fue llevado allí contra su voluntad y por razones desconocidas.

15

Ya en otro corredor, el adolescente sigue avanzando sin saber adónde. Muy pronto se percata de que los túneles están comunicados entre sí por puertas, escaleras y escotillas, pero todas ellas conducen a nuevos corredores, a callejones sin salida o a inmensos salones vacíos.

El joven sigue caminando entre aquella maraña de túneles y salones, ya confundido, ya desesperado, cuando las paredes metálicas del túnel que atraviesa de pronto comienzan a vibrar.

Y es entonces cuando oye ese alarido monstruoso que lo estremece y le hiela la sangre.

Parece el rugido de una bestia feroz, como el de un toro, como el de un león, pero mucho

más grave, mucho más potente y mucho más sobrecogedor. Pero lo más pavoroso es cómo en ese bramido hay algo que parece intencional, como si el ser que lo produjo tuviera algo de humano. Pero Carlos no quiere ni especular y simplemente huye. Corre, pero el peso en su espalda no le permite avanzar tan rápido como quisiera. Mientras el alarido sigue resonando por todo el lugar, el joven se interna en otro corredor, abre una puerta, la cruza y sigue corriendo. Ve entonces una sombra que se acerca a él, pero ya es demasiado tarde para darse la media vuelta y regresar.

Choca contra alguien, cae al suelo y tiene que taparse los oídos para no escuchar aquel desaforado grito, que ahora es agudo, como el de una chica.

Concluido el grito, Carlos levanta la vista y no da crédito a lo que ve sus ojos. Allí en el suelo, frente a él, está ella.

Se trata de una adolescente como de su edad, vestida con el mismo overol negro, pero con la marca «V6» en el torso.